

E

Editorial

La última piedra del CINV porteño

No sorprende, pero sí indigna que el CMN tire por la borda lo último de esperanza que nos queda por sus “hallazgos arqueológicos”.

Lo cierto es que el propio director de este Diario debe haber ido, hasta que se aburría, a unas tres o cuatro ceremonias de instalación de primeras piedras del flamante Centro Interdisciplinario de Neurociencia de la Universidad de Valparaíso (CINV), que se levantaría en el Barrio Puerto, atrás de La Matriz, en los despojos de un antiguo palacio (¿por qué será que en Valparaíso todo, aun las ruinas, son llamadas palacio?) de calle Severín, en el cual se habrían realizado las primeras sesiones del Congreso de la República y que hoy es poco más que un callejón utilizado por indigentes y drogadictos como baño público. Por ese entonces, a comienzos de la primera parte de la década anterior, el director ejecutivo del CINV era un ganoso muchacho llamado Juan Carlos García, que -nos constado una brava pelea junto al científico y bioquímico Ramón Latorre, Premio Nacional de Ciencias Naturales 2002, por sacar todo esto adelante desde una casa en el pasaje Harrington de Playa Ancha. Pasaron nuevos intendentes, gobernadores, cambió el rector de la UV, también el alcalde de Valparaíso, el cura de La Matriz terminó siendo obispo, pasaron uno, dos, tres, cuatro ministros (as) de Ciencias y de Culturas con sus respectivos subsecretarios (as), se creó una ineficaz Corporación Patrimonial, todo el mundo manoseó otro tanto a la única Iniciativa Científica Milenio fuera de Santiago y, al final del día, Valparaíso, en su conservacionismo a ultranza más cercano a los peces sintientes y piures con derechos que al sentido común, terminó entregando su pasado, presente y futuro al Consejo de Monumentos Nacionales, de la misma manera que antes lo hizo con la Unesco. Y ambas instancias se burlan de la misma manera de la ciudad, por medio de su falta de prolijidad y suficiencia academicista. El CMN “lamentando” la horrorosa noticia de que no se haga el Centro, el cual atribuyen en su comunicado oficial a la PUCV!, la Unesco trancando lo único que puede salvarnos en función de su progresismo europeísta en retirada. Todos tenemos claro que ese terreno va a estar tirado hasta Dios sabe cuándo, que García terminará su destinación como embajador en Canadá con la deuda en el alma de no haberlo logrado, que la ciudad se retrasó otras tantas décadas por relleno y mugre disfrazados de historia, que el profesor Latorre ni siquiera va a alcanzar a ver en vida el día en que otra autoridad prometa un nuevo terreno que tampoco llegará a puerto y que al director del Diario no lo invitarán a una nueva ceremonia de primera piedra. Mejor así.